

GLØØM

El látigo del viento azotaba la bahía como si quisiera borrarla del mapa. Sentado en la playa que separa Caleta de Sebo de Montaña Amarilla, reflexioné sobre todo lo que me había sucedido desde mi regreso de la península.

Tras vivir las aventuras más extrañas de mi vida y enamorarme por primera vez —mi corazón deseaba que fuera la última—, una calma mortecina había caído sobre mí como una losa. Ya hacía un mes de la carta de Ivonne, y no había vuelto a saber de ella.

Al parecer, era por mi propia seguridad que no debía intentar contactarla. Ahora que estaba protegido entre los míos, cualquier intento de salir de La Graciosa o de Lanzarote, donde iba al instituto entre semana, supondría un peligro.

Mi mirada muerta se posó en el mar que me separaba de los acantilados de la gran isla. Suspiré.

Vista desde fuera, mi vida no podía ir mejor. Mis padres me procuraban todo lo necesario y más, incluyendo mi residencia de Lanzarote y cualquier libro o disco que quisiera pedir por Internet, y no me hacían rendir cuentas de ningún tipo.

Raramente me preguntaban por el curso, y si el fin de semana me encerraba demasiadas horas en mi habitación, mi padre me preguntaba si no estaba estudiando demasiado. Inaudito. Desde mi regreso, la ferretería que hacía de supermercado y kiosko parecía dar unos beneficios insólitos para una población de 600 habitantes.

Me había cansado de preguntar de dónde salía el dinero que ahora nunca faltaba en casa.

En la residencia de la Haría, donde estaba el instituto de secundaria, compartía habitación con Rubén, un gracioso que me había adoptado como mascota. Me contaba hasta altas horas de la noche sus aventuras con toda clase de chicas de Lanzarote, incluyendo

extranjeras de paso, a la vez que me animaba a acompañarle para salir «de caza». Yo siempre me negaba.

Me callaba que estaba enamorado de una chica a la que tal vez jamás volvería a ver, ya que aquello habría despertado sus chanzas. Era más práctico adoptar el disfraz de empollón que tiembla ante la sola posibilidad de que su nota baje del 9. Así había acabado por dejarme en paz. Se conformaba con que fuera el confidente de sus conquistas, que revivía con todo lujo de detalles en la oscuridad de la habitación.

Los viernes regresábamos juntos al islote en el ferry que partía de Órzola. Como las gracioseras no tenían ningún interés para él, decía, una vez ponía pie en el puerto de Caleta le perdía felizmente de vista. Según contaba Rubén, pasaba el fin de semana durmiendo, recuperando fuerzas para el lunes poder dar guerra entre las pocas turistas que llegaban a la Haría, en el Valle de las Mil Palmeras.

Por mi parte, los fines de semana mis padres me obligaban a salir. El mero hecho de haber vivido en Madrid y Barcelona, aunque mi estancia allí hubiera durado un suspiro, me había convertido en una especie de héroe local. Cuando no íbamos a alguna playa lejana en bicicleta, mis amigos me acribillaban a preguntas mientras jugábamos a las cartas en cualquier bar del puerto.

Era poco lo que yo les podía contar, ya que aquel septiembre desconcertante no había vivido nada que pudiera considerarse normal. Por eso les contaba siempre las mismas anécdotas sobre el colegio privado donde apenas había pasado unos días.

Les fascinaba, por ejemplo, que delante de mi pupitre hubiera dos rubias. Y eso que no sabían que una de ellas se me había declarado.

Ahora que octubre llegaba a su final, encogido en aquella costa desértica me dije que había perdido las ganas de vivir. Todo marchaba bien, pero cada día que pasaba sin noticias de Ivonne moría un poco más por dentro.

A mi estado de ánimo no ayudaba que escuchara en mi iPod una y otra vez *Gloomy Sunday*, una canción popularizada por Billie Holiday

que al parecer metía ideas peligrosas en la cabeza de los que la escuchaban.

Habla del domingo desesperante de alguien que ha perdido a su amada a quien ya nadie nunca podrá despertar.

*...the black coach of
Sorrow has taken you
Angels have no thought
Of ever returning you
Would they be angry
If I thought of joining you?¹*

El final del estribillo, «Gloomy Sunday», no tenía equivalente claro en castellano. *Gloom* hace referencia a la oscuridad y a la tristeza al mismo tiempo, al pesimismo y a la desesperanza.

Un término quizás intraducible, pero que definía a la perfección el estado de mi alma aquel domingo otoñal.

¹ El negro carruaje del / dolor se te ha llevado / Los ángeles no tienen intención de devolverte /
¿Se enfadarían conmigo / si yo pensara en unirme contigo?